

la Libertad cernerse (aquella madre  
tan conocida suya)  
bajo el ala del pájaro errabundo.

¡Ya es sacerdote y rey!—De este sublime  
título en su corona,  
puesto que ya ha brillado  
el doble resplandor, ahora precisa  
que sacrifique. ¿Dónde está la víctima?  
¡La víctima es él mismo!  
¡Ah! Cuánto es siempre formidable el cetro  
para reyes franceses.  
A este pueblo indomable ellos conducen  
que regula el empuje de la tierra;  
todo el mundo gravita  
sobre su trono; pero aquel que busca  
su limosna, indigente, cual tesoro  
sus días va contando.

## VIII

## ORACIÓN

¡Oh, Dios! Conserva siempre  
este rey al que adora todo un pueblo.  
Rompe flechas y dardos de enemigos  
suyos, ya de Poniente ó Mediodía,  
ya cabalguen corceles ó bien carros.  
Como en Sinaí, Carlos ha podido  
mirarte frente á frente; ¡por lo menos,  
que larga dicha borre sus tan largas  
adversidades! ¡Que aquí bajo tenga  
el vestido de fiesta! A su real frente,  
de tu cabeza préstale dos rayos,  
á los lados colócale dos ángeles.

Reims, Mayo-Junio 1825.

## ODA QUINTA

## AL CORONEL G.-H. GUSTAFFSON

*Habet sua sidera bellus.*

Antigua divisa.

## I

Este siglo, aún joven,  
es ya para la historia  
casi una eternidad de desventuras  
y gloria. A cuantos al nacer mirara  
envejecidos, vélos en veinte años,  
y en su memoria es su lugar tan vasto  
que á menudo parece  
que sus destinos acabar no puede,  
sin acabar con él, de las edades  
el grandioso círculo.

Para pueblos famosos,  
en días renombrados,  
para un siglo de gloria  
bastaba con un hombre.

Nuestro siglo ya ha visto  
pasar muchas antorchas. Luchar puede  
sin temor con Atenas y con Roma.  
¿Qué le hace el esplendor de las edades  
más hermosas? Él todas las domina  
tan sólo con sus tumbas.



Cuando apenas había comenzado  
 cayó Enghien sobre el polvo  
 por un auto que nadie absolver pudo.  
 Vió á Moreau perecer, y, nuevo Rhiga,  
 á Byron expirar. Desde los cielos  
 vengados, vió su rayo desprenderse,  
 aquella águila negra  
 cuyo vuelo doce años fatigóse  
 del Capitolio al Cairo  
 y desde el Tajo al Volga.

—«¿Qué nos importa?—el populacho dice.—  
 ¡Ah! Dejemos pasar las tempestades.  
 Nacer, ir engordando;  
 tronar sobre estas frentes,  
 con tal que cada día  
 consigo un festín traiga;  
 que siempre brille el sol en nuestras fiestas  
 y se deslice en paz nuestro destino;  
 olvidarse de todo hasta la noche,  
 dormir tranquilamente hasta mañana.

»¿Que se levanta el crimen  
 y el inocente cae?  
 ¡Qué importa!—¿Han muerto héroes?  
 ¡Paz á su tumba! Y ¡ay! nosotros mismos,  
 ¿quién sabe si mañana viviremos?  
 Cuando habremos llegado  
 al término de todo desaparece,  
 diciendo:—¡El tiempo pasa!  
 No nos daremos cuenta de qué lado  
 habrá traído el viento  
 la tormenta espantosa  
 que azotará ya siempre nuestras frentes.»

## II

¡Oh! No son estas, no, palabras tuyas,  
 tú, aquel de quien jamás nadie ha dudado,  
 tú que siempre te inmolas  
 sin descansar, de la verdad al culto.  
 ¡Vengador de las víctimas y víctima!  
 Tu corazón de abnegación sublime,  
 se ofrece en todo tiempo y todas partes;  
 toda tu vida es un continuo ejemplo,  
 y tu alma generosa es cual la iglesia,  
 donde la voz de Dios se oye tan sólo.

Tu testimonio basta  
 para que cualquier hombre, prosternándose,  
 vaya á rendir un homenaje público  
 á lo que antes profanado había.  
 Tu boca, semejante al tiempo mismo,  
 no necesita más que una palabra  
 para dar el castigo ó recompensa,  
 y, hablando en nuestra época más alto  
 que las adulaciones y el ultraje,  
 la historia al porvenir segura dicta.

Ya que no hay más milagros  
 que los hombres nacidos  
 en medio de nosotros,  
 á los viejos oráculos sucedes  
 cuya voz se escuchaba de rodillas.  
 A la voz tuya que á las razas juzga,  
 cambian de sitio nuestros semidioses;  
 como, cuando su manto  
 extendía la noche, en otras épocas,  
 con cantos misteriosos,



las fúlgidas estrellas se veían  
subiendo ó descendiendo por los cielos.

Para gozar de tan augusto rango  
brindado por el cielo á las virtudes,  
¿quién, decid, como él fué justo y noble?  
Y, sobre todo, ¿quién cual él sufriera?  
Este hombre pagó tan alta gloria  
con desventuras que la mente humana  
no puede recordar sin espantarse.  
Es él un pobre niño escandinavo,  
Gustavo es, de los Gustavos hijo,  
es un rey, es un rey en el destierro.

## III

Él tenía un amigo de la infancia  
que cual él llevó impreso  
el sello del destino.  
Aquel joven, d'Enghien, fué asesinado.  
Gustavo, ante tamaña fechoría,  
púsose en armas, pero al ver á Europa  
insensible á sus lágrimas, estoico,  
tranquilo, dijo:—«¿Pues por qué he nacido?»

»Puesto que las naciones  
del déspota vasallas  
bajo su mano colosal inclinan  
sus frentes temblorosas;  
ya que su voluntad es acatada  
como ley por los príncipes;  
puesto que él es el sol que les alumbrá,  
nada tengo que hacer hoy en un trono  
yo que, cual reina un rey, reinar quisiera.»

Cedió.—El Señor, por este ejemplo insigne,  
nos demostró que á veces al más digno  
negada es la victoria;  
que aparece más tarde  
para el castigo dar, súbitamente;  
que Él solo hace caer aquí en la tierra  
lo que elevara Él mismo;  
y que, para pesar en su balanza  
á Bonaparte y su pesado acero,  
ya más, alguna cosa,  
que el espectro de Odín necesitábase.

Joven aún, Gustavo  
a diadema dejó para que nada  
faltase á su grandeza;  
y mientras que la Europa,  
presa de los reveses más inmensos,  
al paso del gigante  
vaciló en su equilibrio;  
más en alto que todos los monarcas  
alzó su frente libre  
escapada del trono y de los reyes.

## IV

¿Cuán diferente es este destierro  
de la triste desdicha  
del tirano proscrito,  
cuando de otro hemisferio en lo profundo  
cayera confundido y castigado!  
Cuando, al fin, bajo el odio de la tierra  
el invencible usurpador oscila,  
insultado ha de verse en su hundimiento;  
en vano, tenaz, lucha,  
y su púrpura falsa  
su desnudez sarcástica descubre.



Es semejante su infortunio negro  
al mar de las orillas detestadas  
cuya agua muerta duerme para siempre  
sobre ciudades viles y fastuosas.

Aquel oscuro lago,  
vengador de sus crímenes,  
no sabe reflejar los cuadros puros  
del cielo que maldice sus abismos,  
y en vano la mirada  
busca ansiosa una cúpula  
de la vieja Sodoma deslumbrante  
bajo la obscuridad de aquellas olas.

¡Oh alma leal y fuerte! ¡Oh Gustavo!  
Si acaso alguna vez con brazo fuerte  
tu real vestidura á tomar vuelves,  
sólo es para cubrir á un enemigo.  
En el retiro que te envidio tanto,  
llevas encima de tu noble vida  
un recuerdo sin hiel, dulce, apacible;  
é igual que tú, monarca sin morada,  
la Virtud, la proscripta de la tierra,  
en tu gran corazón encuentra un cielo.

## V

Deja crecer la hierba  
en tus desiertos patios.  
En medio de tus santos pensamientos,  
¿qué te importa que nadie  
se atreva en nuestros días  
á saludar á un héroe,  
y que, de otros monarcas poderosos,  
dichosos todavía, en el palacio,  
un sin fin de carruajes,

desde que nace la sonriente aurora,  
estremezca el mármóreo pavimento  
y las azules, ricas vidrieras?

¡Tú reinas, sin embargo!  
Reinas sobre tu alma,  
cuya llama ardorosa  
este siglo de hielo no ha extinguido.  
En cada corazón nacido sólo  
para crecer y amar y dar consuelo;  
sobre aquellos hidalgos  
á los cuales protege  
tan desusado olvido,  
extraños cortesanos que no acuden,  
en rara comitiva,  
al umbral de los reyes  
más que á la hora de morir en ellos.

En todos los lugares  
donde la fe, valor, honor y genio,  
rinden libre homenaje  
á todas las virtudes desterradas,  
reina tu ilustre nombre, rodeado  
de inmortal aureola.  
Toda vida animada por un bello  
desinterés, y toda gloria nueva  
en nuestros tristes tiempos encendida,  
son una nueva antorcha  
que ante tu altar se enciende.

¡Ni súbdito, ni amo!  
Sólo hombre en la tierra  
que de un poder humano  
tributario no sea. Dios tan sólo  
su derecho conserva en su destino,  
y cual astro luciente



de errantes claridades,  
 á través de los soles y los mundos  
 libremente camina,  
 tú pasas impasible  
 al lado de los pueblos y los reyes.

Septiembre, 1825.

---

ODA SEXTA

---

LAS DOS ISLAS

Decidme de dónde vino y os  
 diré adónde ha ido.

E. H.

I

Hay dos islas en los mares  
 á las que un mundo separa,  
 y que de lejos dominan  
 el mar cual gigantes caras.  
 Se adivina, al ver sus cimas,  
 que del abismo del agua  
 por formidable designio  
 el Creador las sacara.  
 Su frente se ve humeante  
 del rayo por las descargas,  
 sus duros flancos azota  
 el mar con su espuma blanca

y volcanes intranquilos  
 dentro de su seno braman.

Estas islas, cuyas ondas  
 entre escollos que descarnan,  
 se pulverizan, parecen  
 juntos dos barcos piratas  
 encadenados por siempre  
 á una misma eterna áncora.  
 La mano que sus salvajes,  
 negras costas combinara  
 quiso de espanto cubrirlas,  
 tal vez para que bastaran  
 porque Bonaparte viera  
 la primera luz del alba  
 en una, y á que en la otra  
 Napoleón expirara.

«¡Su cuna! ¡La otra su tumba!»  
 ¡Para los siglos ya basta!  
 Y jamás se borrarán  
 estas sencillas palabras,  
 lo mismo si nace un mundo  
 que si un mundo se eslabaza.  
 A aquellas islas sombrías,  
 de su sombra á la llamada,  
 todos los pueblos irán.  
 Los rayos que sus montañas  
 hieren, escollos, tormentas,  
 no son más, en resultancia,  
 que el eco de su recuerdo.

De estas costas destrozadas  
 por los golpes del destino,  
 en las dos islas lejanas  
 puso Dios su cuna y muerte



para que al mundo llegara,  
sin que fuerte sacudida  
pusiera al mundo en alarma,  
y que, sin mover la tierra,  
sobre su militar cama  
llegado el postrer momento  
tranquilamente expirara.

## II

¡Qué pensativo estaba en los albores  
de su primera edad! ¡Qué pensativo  
al llegar al final de su viaje!

Es que había gozado  
de su insensato ensueño; la mentira  
conocía del trono y de la gloria;  
es que vió ya de cerca  
lo que era tal ensueño  
y el fugaz porvenir había vivido.

En Córcega, su madre, desde niño,  
de sus visiones ya le revelaba  
el efímero trono  
y el águila imperial que se cernía  
sobre su pabellón; él, esperando  
soberbiamente, oyó en todos idiomas  
el himno que, á las puertas de su tienda,  
su pueblo universal cantaba á coro.

## III

## ACLAMACIÓN

«¡Gloria á Napoleón, amo supremo!  
El mismo Dios puso la diadema

en su frente. Del Nilo al Boristenes  
reina triunfante. Al pasar él, se inclinan  
los reyes hijos de cien reyes. Roma  
á sus ojos tan sólo ofrece espacio  
para el trono de un niño.

»Para llevar sus rayos  
á las ciudades atemorizadas  
rige el cónclave y manda su consejo.  
A sus banderas, siempre en sangre húmedas,  
mezcla la media luna en las Pirámides,  
y al par del gran Iván la cruz de oro.

»El godo valeroso, el bronceado  
mameluco, el polaco, que en su lanza  
lleva una llama, todos ciegamente  
su fuerza prestan á sus ambiciones.  
Su deseo es su ley; puesta en su fama  
tienen la fe, y vese todo un pueblo  
de naciones marchar entre sus tropas.

»Cuando llega su mano hasta el objeto  
á que su orgullo aspira, á algún soldado  
hácele de un imperio la limosna,  
ó en el umbral de su palacio pone  
reyes de centinela  
para dormir encima sus conquistas,  
en paz, dejando fiestas y combates,  
igual que un pescador sobre sus redes.

»Su imperial nido construyó tan alto,  
que parece habitar la ideal esfera  
donde jamás una tormenta estalla.  
A sus pies la tormenta brama sólo;  
fuera preciso, para herir su frente,  
que los rayos pudieran remontarse.»



## IV

¡El rayo remontó! Cayó humeante  
su nido por cien rayos derribado.

Castigaron los reyes  
á su tirano. Se le expuso vivo  
en una roca solitaria, y hecho  
el gigante cautivo, y puesto en tierra,  
le dieron el Océano por guardia.

¡Oh! ¡Cómo desdeñaba en Santa Elena  
su vida, al ver, con envidiosos ojos,  
el sol que huía, al acabar la tarde,  
detrás del horizonte, divagando  
solo, al azar, por la arenosa playa,  
hasta que un inglés, mudo,  
le iba á arrancar de su ensimismamiento  
y á su prisión volvía á conducirlo.

¡Cómo, el que fuera de la guerra príncipe,  
con desesperación, por los que antes  
su brazo vencedor divinizaban,  
se veía acusado,  
pues el clamor solemne de los pueblos  
reunidos en liga, respondía  
á la implacable voz que eternamente  
desde su corazón se lamentaba!

## V

## IMPRECACIÓN

«¡Vergüenza! ¡Maldición! ¡Venganza! ¡Oprobio!  
Que la tierra y el cielo hieran juntos!

¡Al coloso, al fin, vimos derrumbarse!  
¡Y que sea posible que recaigan  
sobre sus días, sobre su ceniza,  
todo el llanto vertido por su culpa,  
toda la sangre que correr ha hecho!

»Que á su nombre, del Volga,  
del Tíber y del Sena, de los muros  
de la Alhambra y los fosos de Vincenne,  
de Jafa, del Kremlin que él incendiara  
sin un remordimiento,  
de las llanuras de carnicería  
y de todos los campos de victoria,  
de su gloria fatal como eco horrible,  
truene la maldición de los difuntos.

»Que á su derredor vea  
empujarse, estrujándose las víctimas.  
Y aquel pueblo, en tropel, innumerable,  
de los abismos salga  
gritando los secretos de la tumba,  
mutilados sus cuerpos por el hierro,  
abiertos por el rayo,  
huesos ennegrecidos por la pólvora  
chocando en confusión, todo conviértale  
en Josafat á Santa Elena en luto.

»¡Viva para morir todos los días  
á cada hora! Que los ojos baje  
el gran conquistador, y llore. Casi  
de sus derechos riéndose, y sabiendo  
su gloria, carceleros han cargado  
con helada cadena aquella diestra  
que á cansarse llegara  
de inclinar la cabeza de los reyes.



Creyó que su fortuna,  
 en victorias fecunda, vencería  
 el recuerdo del pueblo rey del mundo;  
 pero Dios apagó su negra antorcha  
 sin dar más al rival de Roma eterna  
 que el tiempo y el espacio necesarios  
 para que cualquier hombre obscuro pueda  
 acostarse en la tumba.

Su tumba, precedida del olvido,  
 la tendrán estos mares.

En Saint-Denis hizo adornar en vano  
 anticipadamente su sepulcro,  
 de mármol y oro reluciente; el cielo  
 no consintió que las reales sombras,  
 al ir á aquellos muros pavorosos  
 para llorar, durmiendo se encontraran  
 en su tumba un cadáver insolente.

## VI

¡Qué amarga es una copa ya vaciada!  
 ¡Con qué terror termina  
 el sueño comenzado  
 en la embriaguez! De jóvenes,  
 á la esperanza entrégase la crédula  
 razón, pero más tarde se estremece  
 cuando ya está saciada  
 el alma, y ¡ay! se vuelve á ver su vida  
 á la otra orilla ya del horizonte.

Así, cuando pasamos  
 al pie de una montaña majestuosa,  
 como conquistadores, largo tiempo  
 admiramos sus picos

que humillar no podrán los años nunca,  
 sus bosques, verde capa  
 colgante de salvajes peñascales,  
 y sus coronas diáfanas de nubes  
 que encima de su frente se amontonan.

Pero subid, palpad aquellas zonas  
 desconocidas, y que huís parece  
 á los cielos, perdiéndoos entre nubes.  
 De aspecto y de paisajes cambia el monte  
 á vuestros ojos; y es un laberinto  
 de frondosos abetos centenarios  
 en donde rayos y torrentes cruzan  
 relámpagos y olas.

## VII

Un prisma deslumbrador  
 es la imagen de la gloria,  
 que se convierte después  
 en espejo que destroza,  
 tornando en sangre la púrpura.  
 Al principio poderosa,  
 luego esclava, dos aspectos  
 tiene su vida azarosa  
 en sus distintas edades,  
 y su nombre doble historia  
 necesita; mientras joven,  
 inventaba sus victorias;  
 y de viejo, meditaba  
 su caída dolorosa.

En Córcega y Santa Elena,  
 en las noches tempestuosas  
 del invierno, todavía



el nauta que de una roca  
 en la cima ve brillando  
 un meteoro, que es la sombra  
 del sombrío capitán,  
 cree que va silenciosa  
 y con los brazos cruzados  
 al concierto de las olas,  
 á reinar en la tormenta  
 como reinó en las victorias.

## VIII

Si un imperio perdió, tendrá dos patrias  
 marchitadas é ilustres  
 sólo por su recuerdo,  
 de Aníbal en los mares, una; la otra  
 en los mares de Vasco;  
 y jamás, afirmando de este siglo  
 la maravilla, se dirá su nombre  
 sin que el nombre despierte en los confines  
 del mundo un doble eco.

Así, cuando mortífera y ardiente  
 una bomba describe su incendiaria  
 curva en medio de un cielo borrascoso,  
 oscilando por cima de los muros,  
 y luego, como el buitre  
 de carnícera garra, que expirando,  
 en su estertor la tierra con el ala  
 hiere, y cayendo escarba con estruendo  
 el suelo por doquier de las ciudades.

Largo tiempo después de su caída  
 se ven, aún humeantes,  
 la boca del mortero, ancha, sonora,

de donde el globo de pesado vuelo  
 raudo subió para caer; y el sitio  
 donde la bomba que estalló en metralla  
 murió, de sus entrañas vomitando  
 la muerte, y se apagó causando incendio.

Julio, 1825.

## ODA SÉPTIMA

## A LA COLUMNA DE LA PLAZA VENDOME

*Parva magnis.*

## I

¡Vengador monumento!  
 Indeleble trofeo que parece  
 —bronce que gira sobre inmóvil base,—  
 su gloria y su miseria  
 llevar al cielo mismo.  
 De cuanto un brazo colosal hiciera  
 tú solo en pie has quedado,  
 ¡oh triunfante ruina  
 del gigante edificio!

¡Del gran Imperio y de aquel gran ejército  
 despojo utilísimo! ¡Columna  
 de quien tan altamente habla la fama!



¡Yo te amo! El extranjero con espanto  
te admira. Amo á tus antiguos héroes  
esculpidos aquí por la victoria,  
todos esos fantasmas gloriosos  
que al rededor de ti mudos se aprietan.

Me gusta ver tus flancos,  
¡columna chispeante!  
¡Hacer vivir de nuevo á aquellos héroes  
que, en su ola sangrienta,  
han arrollado el Rhin, el Po, el Danubio!  
Pones, cual un guerrero,  
el pie pesado sobre tu conquista.  
¡Cuál me place tu base de armaduras!  
¡De qué modo me gusta tu remate  
que por penacho tiene una bandera!

Mi soberbia te hermana  
con la estatua de Enrique.  
¡Cómo me gusta veros  
á las dos, honra de la patria mía,  
dominando inmortales  
las turbulencias nuestras pasajeras,  
salir, gemelos signos  
del cariño y la cólera,  
ella de los ahorros de la plebe,  
tú de los arsenales extranjeros!

¡Oh! Cuántas veces,—tú lo sabes,—cuando  
entre los velos de la muda noche  
huye la blanca luna  
ó las tristes estrellas parpadean,  
me acerco pensativo  
para evocar tus fastos,  
y con vista inflamada,  
devorando tu historia,

vengo á tomar, cual convidado obscuro,  
mi parte en gloria tanta;  
como un pastor de un rey en el banquete.

¡Oh columna francesa! ¡Cuántas veces  
he creído mirar cómo en la fragua  
enrojecía tu enemigo bronce,  
y cuántas, cuántas veces, reanimando  
con mi voz á tus bravos esparcidos,  
he despertado las revueltas luchas  
que doquier te asediaban!

Jamás, ¡oh monumento!, el extranjero,  
ni aún embriagado por su nombre,  
ha pasado tranquilo  
debajo de tu sombra;  
tu bronce soberano  
no trepida á sus pasos...  
Cuando una vez la suerte  
hacia nuestras riberas empujólo,  
á desplegar no se atrevía nunca  
sus paradas ociosas  
delante tus batallas  
grabadas en el cobre.

## II

¿Cómo no escuchas este rumor sordo  
con que desde tu base hasta tu frente  
zumban las armaduras?  
¡Columna! Parecióme  
que, mis ansiosos ojos deslumbrando,  
tus negros cobreados batallones  
descender intentaban nuevamente,  
que cada semidios, ennegrecido



por heroica ceniza,  
su marcha hacia los cielos  
de súbito paraba.

Su voz mezclaba nombres  
á su antigua divisa:  
¡DALMACIA!, se escuchaba,  
¡REGGIO, TREVISO!, oíase, y ¡TARENTO!  
Y saliendo sus águilas  
de su sueño potente,  
seguían, con el pico enardecido,  
á aquella águila audaz de dos cabezas,  
cuyos ojos, amigos de la sombra  
donde su vuelo para,  
á su mirada bájanse  
como del sol al fuego.

¿Qué ocurre, pues, entonces?  
¿Por qué, bronce enviado desde Roma,  
miro cual sus legiones se estremecen  
cual si no fueran más que un hombre solo?  
¿Qué ultraje inverosímil  
ha alcanzado tu altura?  
¿Quién despertó esas sombras inmortales,  
esas águilas negras que, tu base  
al azotar con sus potentes alas,  
en sus garras aprietan  
el apagado rayo?

## III

¡Ya entiendo! El extranjero que nos juzga  
sin memoria, pretende, hoja por hoja,  
desgarrar nuestra historia, que está escrita  
con sangre y con la punta del acero.

¿Imprudente, se atreve  
contra tantos trofeos? De este bronce  
que se forjó con rayos apagados  
es cada chispa una vivaz centella.

¿Tal vez es Bonaparte  
que pega en nuestro ejército?  
¿Quiere, de aquella gloria  
sembrada en tantos sitios,  
quitar á nuestros viejos generales  
la herencia? ¿Para un grupo semejante  
tiene la mano débil!  
¿De Alejandro el imperio  
y las armas de Aquiles  
no se reparten ya más que á los héroes!

Pero no. El austriaco, en su fiereza  
que él doma, está contento si sus nombres  
no dicen más que la vergüenza suya.  
Hace á nuestros valientes  
de su derrota un título  
y de los feudatarios  
temiendo más que de los vencedores,  
perdona á nuestros duques militares  
sus florones si son sólo laureles.

¿Jamás, pues, noble bronce,  
orgullosa por una gran victoria,  
de tu esplendor el expiatorio aspecto  
sufrió? ¿De dónde viene  
en aquel atrevido  
tanto valor? ¿Acaso  
cree nuestros anales  
herir impunemente? ¿Y esas páginas  
que extiendes en los cielos,  
triunfantes, cómo lee?



¿Tal vez es ese, á sus miradas tímidas,  
 un obscuro lenguaje?  
 Haga que se lo muestren  
 al pie de las Pirámides, en Viena,  
 en el Kremlin antiguo  
 y el sombrío Escorial. Que de ellos hable  
 á los reyes aquellos,  
 corte resplandeciente y numerosa,  
 que no ha mucho poblaba  
 con polvorienta tienda  
 el imperial vestíbulo.

## IV

¿Qué es, pues, en lo que piensa el extranjero  
 que así nos desafía?  
 ¿No fué ayer toda Europa esclava nuestra?  
 ¡Sufrir así nosotros  
 el indigno talión del yugo suyo!  
 No. Que en el ancho campo del combate  
 reaparecer podemos.  
 Se nos ha mutilado,  
 pero tal vez el tiempo desde entonces  
 ha hecho que del león las garras crezcan.

¿Con qué derecho vienen  
 á quitar la corona  
 de nuestras glorias santas?  
 ¡Siempre nuestros Borbones  
 la victoria obtuvieron!  
 ¡Nuestros nobles monarcas defendiéronte  
 de un enemigo tembloroso y débil!  
 ¡Oh trofeo! Sus palmas  
 á tus plantas se inclinan,  
 y si tus cuatro águilas reposan,

de la blanca bandera  
 á la sombra es tan sólo.

Por volcanes eléctricos  
 está el mundo intranquilo conmovido;  
 más allá del Océano  
 las Américas braman;  
 Constantinopla ruge  
 y Helen se remonta  
 á los días antiguos;  
 en manos de Inglaterra  
 agítase Lisboa  
 y tan sólo se indigna  
 el viejo pueblo franco de que el mundo  
 por otros pasos que los suyos tiemble.

¡Extranjeros, cuidado! No sabemos  
 qué hacer, la paz nos mece inútilmente  
 en su esfera inactiva.  
 ¡La arena de la guerra  
 tiene para nosotros atractivos  
 tan bellos y tan grandes!  
 En nuestras manos ¡ay! inocupadas,  
 á falta del acero,  
 restregamos la lira,  
 y lo mismo cantamos  
 que iríamos sonrientes á la lucha.

¡Tened cuidado, sí! ¡La Francia, en donde  
 otra edad reverdece,  
 no está tan muerta aún que sufra impune  
 cualquier ultraje vuestro!  
 Los partidos políticos,  
 por una temporada borraránse;  
 contra una injuria aquí todo se une,  
 se levanta aquí todo, todo se arma;



de Waterlío sobre la piedra negra  
la Vendée santa afilará su acero.

¡Confundís nombres! Pero qué. ¿Es preciso  
ir levantando en todos vuestros campos  
títulos de batalla? ¿Sí? Decidme.  
¿Es preciso, dejando las palabras  
que encontrara el valor, otros bautismos  
buscar en vuestra tierra  
para las glorias nuestras? En el bronce  
de los cañones vuestros, y en exceso,  
¿no están aún grabados?

¡Cómò! ¡Los extranjeros romperían  
el blasón de la Francia!  
¿Veriase, por nuestra indiferencia  
enardecido, sobre nuestro escudo  
caer su vil martillo?  
¡Ah! Como aquel romano  
que la tierra asombrada removía,  
¡oh franceses!, vosotros  
lleváis la paz ó guerra  
puesta de vuestro manto entre los pliegues.

Vuestra ala, en un momento  
llega, según su antojo,  
al Africa por Cádiz  
ó por Moskou al Asia.  
Vosotros deshacéis en vuestro curso  
á los ingleses, rusos y germanos;  
las torres desmorónanse  
ante vuestra fatal trompetería,  
y vuestros estandartes  
conocen el camino  
de las más orgullosas capitales.

Cuando se pesan juntos  
su destino y los vuestros,  
las naciones del orbe  
se inclinan destronadas.  
La gloria no posee  
ruido bastante para vuestros nombres...  
Sin cesar, los Estados  
van cambiando de sitio en torno vuestro;  
cuando aparece vuestra estrella fúlgida,  
se borran las demás; cuando vosotros  
andáis, el universo en pos os sigue.

Que arrastrándose el Austria  
os rodee de nudos;  
dos gigantes de Francia  
su corona pisaron.  
La historia, que va abriendo de los tiempos  
el Panteón, nos muestra  
en las dos frentes de Alemania impresos  
de Carlomagno la imperial sandalia  
y de Napoleón los espolones.

Id. El águila altiva, que llevaba  
desde su oculto nido vuestro rayo  
sobre todas las frentes  
altas en demasía,  
ya no tenéis. Mas todavía quedannos  
el lis y la oriflama;  
mas es el gallo galo  
el que despierta al mundo,  
y es su grito el que puede  
hacir salir en vuestra noche obscura  
de el alba de Austerlitz el sol riente.



## V

Yo soy quien callará. Yo que embriagaba  
no hace mucho, mezclándolo  
con gritos de pelea,  
mi nombre de sajón. Yo, que seguía  
de una bandera el vuelo triunfante;  
que juntando mi voz entrecortada  
al sonido marcial de los clarines,  
tuve la borla de oro de un acero  
como primer juguete;  
que, niño todavía,  
me convertí en soldado.

¡No, hermanos, no! ¡Franceses de esta época  
de espera! Hemos crecido  
en el umbral humilde  
de una ambulante tienda de campaña.  
A la paz condenados;  
aguiluchoş lanzados de los cielos;  
sepamos á lo menos, por las glorias  
paternales velando cuidadosos,  
guardar de toda afrenta,  
—centinelas amantes,—  
a armadura de nuestros bisabuelos.

Febrero, 1827.

## ODA OCTAVA

FIN

*Ubi defuit orbis.*

## I

Así, de un pueblo entero yo hojeaba la historia,  
libro fatal de luto, de grandeza y victoria,  
mi laúd contemporáneo sintiendo estremecerse  
ante cada gran crimen ó ante cada gran hombre,  
y al ruido sublime de un nombre y otro nombre  
que las hojas de bronce hacían al caerse.

Cerremos ahora, pues, el libro formidable.  
No interroguemos más á aquella inabordable  
esfinge, monstruo y dios, que silenciosamente  
lo guarda. ¡A tantas liras se escapan sus enigmas!  
De los imperios sólo escribe sus estigmas  
de sangre y fuego en letras, grabadas en la frente.

No los busquemos ya.—¿Por qué, entonces, poeta,  
no te dormiste sobre tu lira muda y quieta?  
¿Por qué sacarla á luz y así prostituirla,  
y tus siniestros cantos y tu insensato acento?...  
—Es que de un pueblo grande faltó á mi pensamiento  
toda la sociedad para poder nutrirla.

¿De las revoluciones abrí el piélagos inmundo?  
Es que merece un caos el que pretende un mundo.



Es que una grande voz por la noche me ha hablado;  
es que quería, en fin, conduciendo la masa  
hasta el fin de mi objeto, con el siglo que pasa  
poner también de acuerdo el siglo que ha pasado.

El genio necesita un pueblo, cuya llama  
ánime, alumbre, abrase, como un alma que ama.  
Ha de regir un mundo, á modo de tirano;  
que cuando el huracán embravecido muge  
y encima de las rocas tomó todo su empuje,  
nada sobra á su fuerza de todo el Oceano.

Allí puede extender sus alas tremebundo,  
sobre un abismo ancho, encima un mar profundo;  
allí puede saltar, gigante caprichoso,  
y dar vueltas, erguido, en medio la tormenta,  
mientras un pie en la tromba seguro le sustenta  
y el cielo aguanta rígido con brazo poderoso.

Mayo, 1828.

## LIBRO CUARTO

---

1819-1827

*Spiritus fiat ubi vult.*